

# CIENCIA, TECNICA, ETICA Y ESTETICA EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

*Angel Rama*

## I. CAPITULO DE QUEJAS

1.1. El enjuiciamiento más extendido, en esta sociedad planetaria que se aproxima al fin del siglo xx, confiesa la insatisfacción que la rige. Una insatisfacción generalizada que, con diferentes inflexiones según las circunstancias y los períodos del proceso, se expresa tanto en los centros mundiales del desarrollo industrial como en las regiones coloniales o en aquellas semi-integradas al progreso tecnológico.

La enumeración de los innegables beneficios aportados por el complejo ciencia-técnica (porque el libro, la reproducción mecánica de música o arte, los sistemas terapéuticos, los medios de comunicación, las computadoras, integran una nutrida y nada desdeñable lista) no esconde las abrumadoras distorsiones y perjuicios. Pero más que nada no disimula la decepción creciente ante los rasgos con que aparece este cielo que nos prometieron en la tierra.

5

Lo que ha emergido de la aceleración de la ciencia y sus implementaciones técnicas en las últimas décadas, gracias justamente a la autonomía operacional que la liberó del encuadre filosófico, religioso o cultural que la constreñía, ha sido una sociedad sin valores, fragmentada y desquiciada (Broch). Es decir, sin recursos intelectuales visibles para fundamentar valores con los cuales modelar a la especie y a la vez dotada de irrefrenable energía con que arrasar los valores establecidos, envejeciéndolos vertiginosamente y tornándolos obsoletos.

Lo que se presentó, a quienes comenzaron a disfrutar de sus beneficios en las metrópolis desarrolladas sustituyendo los valores de una cosmovisión tradicional que además de interpretar la realidad concedía en ella un lugar al hombre (Scheler), fue un utilaje mecánico y mezquino, capaz de salvar las vidas infantiles para un destino vano, de prolongar los días de existencias vacías, de armonizar la masificación con el más estrecho individualismo, de encuadrar las sociedades —por la fuerza o el acondicionamiento previo— dentro de regímenes opresivos, de incinerar a todos los hombres en cualquier momento después de despilfarrar los recursos naturales.

Si esa fue la consecuencia en los puntos privilegiados, no es de sorprenderse que en el resto, la mayoría del planeta —que cubre las tierras áridas del subdesarrollo— haya generado el arrasamiento de

los sistemas de valores pre-existentes, dislocado las economías mediante una demanda ajena a las internas necesidades (hoy el guano, mañana el salitre, pasado el petróleo) hecho de orgánicas aldeas veloces "factorías", provocando la emergencia de "boom-towns" rodeados de cinturones de miseria, facilitado la desintegración de la identidad del grupo social, pulverizado las cosmovisiones tradicionales sin reemplazarlas por superiores. En una periferia que es la inmensa mayoría del planeta, el complejo ciencia-técnica resultó infinitamente más opresivo que en los centros que lo generaron y poco mostró de su pregonada condición liberadora del hombre. Si a pesar de ello, es en esas regiones donde más pervive una vaga deificación decimonónica de la ciencia, es como testimonio de que están en el comienzo del proceso, no más.

1.2. Ciencia y tecnología decretan el universalismo, imposibilitan todo rechazo como aún en el xvii se permitían los chinos (Toynbee) y estatuyen pautas idénticas para todas las naciones, culturas y regiones del planeta. Aunque han nacido de la civilización europea o atlántica, cancelan sus propios orígenes, se oponen a la diversidad de culturas y se fijan como radio de acción el mundo, estableciendo así una sociedad planetaria. Nada puede quedar excluido de su marca que es, por definición, unificadora.

Pero ocurre que esta sociedad es, sociológica y culturalmente, una estructura todavía tridimensional.

6

Gracias al proceso de urbanización que encabalga el mismo período histórico que el ciclo científico, se puede reconocer en cada uno de los centros urbanos, a pesar de la creciente homologación internacional, una línea vertical que atraviesa la estratificación de diversas capas o clases (que de hecho son conformaciones culturales con diverso grado de impregnación científico-tecnológica) y va desde los niveles de creación original hasta los más bajos de mera operatividad. De cualquiera de los puntos de esa vertical se tienden las líneas horizontales que religan los centros urbanos (desde sus diversos estratos) con las sociedades internas o regionales que dominan (pueblerinas, agropecuarias, mineras, etc.). Estas, por más dependientes que sean de sus capitales, siguen conservando un abastecimiento cultural antiguo, a veces hasta primitivo. Por último, de cualquiera de los puntos de ambas líneas (vertical y horizontal) se tienden las que en profundidad establecen los vínculos entre las diferentes zonas del planeta (naciones, conglomerados de países, continentes) y por las cuales transitan en una sola dirección las pulsaciones científicas o tecnológicas y en la otra las respuestas que ellas originan.

1.3. Para una concepción unilineal del desarrollo histórico, los puntos más apartados entre sí de este esquema tridimensional (la diagonal que los relaciona) miden exactamente el tiempo que los separa: pueden ser décadas pero también milenios. Para una concepción culturalista se trata de una aproximación forzada entre configuraciones diferentes, con evoluciones y ritmos propios, las cuales han sido bruscamente

reunidas por el impacto tecnológico generado, a través de drásticos procesos de aculturación, las bases de una homogenización planetaria por mera destrucción y reemplazo de valores locales. Se acepte una u otra tesis, igual no es comprensible el estudio de las consecuencias humanas provocadas por el avance técnico si no se lo formula a base de este cuadro, el cual busca recapitular todas las coyunturas en que se ejerce su acción.

O sea que debe examinarse una totalidad (que viene implícita, por lo demás, en las mismas proposiciones científicas) descartando la reducción del problema a la dicotomía de sociedades desarrolladas y no desarrolladas. Aparte de que todas ellas registran, en diverso grado, los desequilibrios causados por una pluralidad de niveles de desarrollo, la misma ciencia ha abolido la distinción entre lo interno y lo externo: todos los desniveles son internos a una sociedad planetaria.

## 2. TECNICA Y ESTRUCTURA SOCIAL

Es posible aducir que no son estos los efectos que procura ciencia y técnica, sino su instrumentación por sistemas políticos y sociales que las manejan, los cuales se caracterizan, paradójicamente, por prolongar en el presente soluciones antiguas —desconectadas de esta nueva realidad sobre la que actúan— lo que en primer término queda testimoniado por la férrea conservación del fragmentarismo (la multiplicidad de naciones) en oposición al ecumenismo científico.

Es cierto: existen visibles atrasos entre las proposiciones científicas y las estructuras socio-políticas, lo que probablemente, como en los ejemplos que habrán de mencionarse sobre arte y moral, corresponde a fenómenos de transición y de mediación. Ninguna de esas estructuras puede dejar de dar testimonio del peso del pasado que acarrea, ni de esa exacerbada demanda de pasado que ha hecho nuestro presente, ofreciendo soluciones donde se combinan las remanencias históricas con las líneas tendenciales del moderno desarrollo técnico. En este aspecto, la nación o la lengua siguen siendo ingredientes ineludibles, hijos de la acumulación histórica, como lo son las diversificadas culturas, debiendo todos esos factores reflejarse sobre las estructuras políticas.

Pero hay más: el hecho de que las modificaciones operadas este siglo en las concepciones socio-políticas no hayan llevado al rechazo de la orientación científica homologadora (transformada en constante histórica) ni tampoco hayan podido resolver los desequilibrios derivados de la composición tridimensional de la sociedad planetaria, implica que el problema sigue planteado y por lo tanto que las diferencias entre una y otra concepción socio-política no son de esencia, sino meramente de grado, pertenecientes a la misma familia cultural.

Aún más: es legítimo pensar que los nuevos modelos socio-políticos (cooperativista, socialista, mixto, desarrollista) son respuestas destina-

das a enfrentar los desequilibrios regionales que ha instituido el avance técnico universal. Los esfuerzos de esos modelos para integrar, sino toda al menos una porción considerable de sus poblaciones (de ahí los vastos planes educativos y la orientación técnica de ellos) permitieron fundar conformaciones sociales donde se disimula, temporariamente, las contradicciones que han hecho crisis en las sociedades altamente desarrolladas. En esas conformaciones se aceptan los lineamientos científicos propios del siglo xx, pero se los encuadra en culturas que siguen nutriéndose en el pensamiento humanístico del siglo xix. Éste es el que pautaba tradicionalmente a los sectores sociales ubicados en posiciones inferiores que, al ascender en la pirámide social por obra de los esfuerzos integradores del nuevo modelo socio-político, arrastran una cultura humanística retrasada y aún la imponen como norma sobre la sociedad por un determinado tiempo, aunque visiblemente no se ajuste a los requerimientos de la tecnología que ella cultiva. Puede preverse que, una vez concluido el proceso de asentamiento social, una vez diluido el mensaje humanístico por obra de la infraestructura científico-técnica puesta en funcionamiento, asistiremos a la reaparición de los conflictos ya registrados en las sociedades tecnificadas.

8

Por lo anterior, deberemos reconocer que: las distorsiones provocadas por el desarrollo científico acelerado pueden paliarse y aun demorarse gracias a procesos de democratización de las sociedades, pero no parece que las modificaciones socio-políticas puedan aportar soluciones definitivas. Por consiguiente, no son esas soluciones intermedias, sino la estructura perfeccionada propuesta por la más avanzada ciencia moderna la que está en discusión. Ha alcanzado niveles óptimos de aplicación en los centros de mayor desarrollo industrial y allí también ha sido objeto de crítica. Pero ésta, parte de una óptica reducida que se desentiende de la interdependencia universal en que se sitúa esa estructura y no reconoce su débito a la marginalidad.

### 3. CENTRALIDAD Y MARGINALIDAD

3.1. El examen de los efectos humanos provocados por la sociedad tecnificada en determinados puntos, ha llevado a comprobar la existencia de parcelas "unidimensionales" (Marcuse) dentro de la totalidad, las cuales, usando de los "mass media" buscan absorberla (McLuhan). Tal visión, que se funda correctamente en el análisis restringido de un fragmento —aunque central— de esa totalidad de la sociedad planetaria, se revela insuficiente cuando se lo considera desde el sector que podríamos llamar sumergido del "iceberg" planetario, o sea su vasto anillo marginal. La visión científico-céntrica o técnico-céntrica que en esos exámenes ha sustituido, sólo en apariencia, la anterior de tipo político y económico, norteamericano-euro-céntrica, no tiene en cuenta la funcionalidad que aun dentro de ella desempeña la marginalidad y cómo su contribución permite articular un pensamiento global.

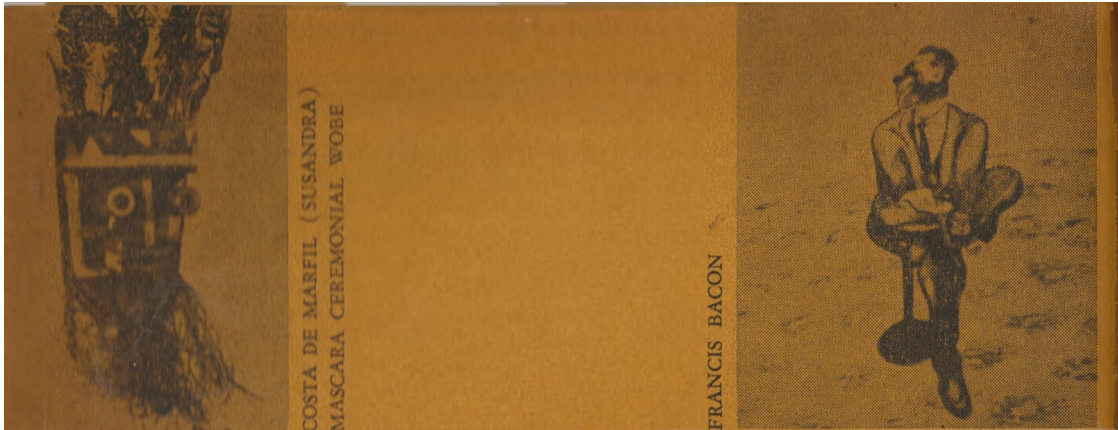
Para no buscar esa funcionalidad en la economía, donde están sus seguros basamentos originarios (provisión de materias primas, trabajo de un proletariado externo, consumo de manufacturas) y para no salir del campo de la cultura, puede procederse a una veloz revisión de los comportamientos artísticos.

3.2. Existe unanimidad de la crítica (Hauser, Adorno, McMullen) para reconocer que el ciclo histórico que se inaugura a fines del XVIII y está por cancelarse, obligó a todas las manifestaciones artísticas a plegarse a la racionalidad científica recién descubierta y a su progresiva articulación simbólica. Una simple recorrida de la pintura, desde Gainsborough o David hasta Duchamp o Bacon, de la música desde Beethoven hasta Stockhausen, de la literatura desde Goethe y Rousseau hasta Beckett o Robbe-Grillet, permite comprobarlo. No se trató meramente del uso de asuntos extraídos de los objetos científicos —ni el alarido ante la mecánica de los románticos (negativo) ni el de los futuristas (positivo) cien años después— sino de una concepción de la obra de arte que adapta las formalizaciones de la ciencia, las programaciones de la técnica, sus principios del acabado, sus métodos de ensamblaje, sus estructuras, etc., atendiendo simultáneamente a dos variables que la rigen: la de urbanización y la demográfica.

Se ha observado menos, en cambio, que en la imposibilidad de plegarse en absoluto a estas imposiciones racionales, los creadores de los centros mundiales se vieron obligados durante dos siglos a apelar a un factor regulador y compensador que sólo pudieron obtener en el exterior de sus culturas, así fuera un exterior imaginado o soñado a partir de la presión que ejercía sobre ellos la tendencia científicista en que vivían. Conjugando una y otra (esta tendencia y aquel factor) edificaron obras de arte que respondieron cabalmente a la mediación significativa que, con creciente urgencia, les reclamaban sus poblaciones sometidas a los efectos de la técnica. El mediavalismo de los románticos tras el indianismo rousseauiano, el exotismo de los artepuristas, el orientalismo de los simbolistas, el negrismo de los cubistas, el telurismo de los regionalistas, el “maravilloso” de los surrealistas, la explosión del mito en la actualidad, son todos tramos de un furioso saqueo a las culturas marginales para obtener allí elementos indispensables de la creatividad que contrarresten los efectos deletéreos del rigor de la racionalidad científica que instaura sus planos simbólicos.

En la misma medida en que se acentuó la presión de ciencia y técnica durante los dos siglos últimos, también se acentuó la demanda que la centralidad formuló a la marginalidad: de una recorrida más o menos turística por grandes civilizaciones exóticas (Japón, China) se concluyó pidiendo ayuda a las comunidades primitivas de la tierra (Polinesia, sociedades tribales en América o África) y edificando templos (museos etnológicos) a sus aportaciones.

Lo que el artista buscó “là-bas”, lejos del universo de prestaciones en que se situaba su vida, fue definido por Baudelaire: “*Là, tout n'est*



*qu'ordre et beauté*". Se trataba de la pesquisa de un orden natural y a la vez espiritual que ensamblaba hombre y mundo armónicamente: era la experiencia conjunta del bien y la belleza. La serie incesante y variada de los paraísos perdidos.

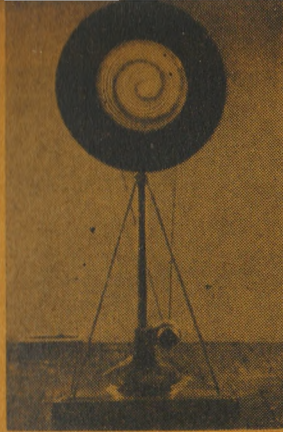
Pero podría agregarse que en el mismo período se desarrollarán ciencias enteras, como la antropología (Herskovits) que parecen brotar de idéntica demanda, porque permiten aportar de la marginalidad el mismo factor regulador, con el cual objetivar la civilización científica en continuo avance al trazar sus límites y mostrar su negativo. O ciencias como la psicología profunda que por algunos caminos (Jung) ha concluido apelando a otra marginalidad, externa o interna (la sepultada en la historia de la especie, bajo la misma tierra arada por la ciencia).

10

3.3. Por lo tanto, comprobamos que en el arte y en las ciencias humanas se ha cumplido un proceso similar al que ya registramos en el ascenso de las clases bajas que transportaban sus viejas filosofías para encuadrar, por un corto lapso, un desarrollo científico-técnico que concluiría invalidándolas. Se trata de incorporaciones, ya de grupos sociales, ya de cuerpos doctrinales antiguos, para compensar los efectos del desenvolvimiento científico, creando con ello tensiones internas y postergando la franca consideración del conflicto. En un caso y otro asistimos al mismo imprudente manejo de los recursos naturales: del mismo modo que se queman alegremente las reservas de la naturaleza (en beneficio de los menos) también se queman las reservas culturales (a un ritmo desenfrenado) para retardar el momento en que nos enfrentemos a los efectos nudos de la ciencia y la técnica. Eso se hará, fatalmente. Pero después de haber despilfarrado las riquezas milenarias, al encontrarse con un universo homogéneo: el de la tecnificación a escala mundial.

Esto certifica la incapacidad del arte de la centralidad planetaria para poder abastecer con sus solos productos —hijos del mundo tecnificado— a las demandas de sus sociedades. Podrá ponerse a la cuenta de un período transicional, aunque con más rigor puede pensarse que esa incapacidad plantea la urgente creación de una cultura capaz de construir la cúpula que remate y a la vez ligue los dos pilares opuestos: naturaleza y ciencia.

MARCEL DUCHAMP /  
SEMI-ESFERA ROTANTE



HERBERT MARCUSE

Mientras no se llegue a eso, la centralidad científica dependerá, subterráneamente, de la marginalidad sometida, a la que simultáneamente irá vaciando de sus contenidos tradicionales, forzándola a que los reelabore dentro de las estructuras propias de la tecnificación. Con lo cual pondrá en práctica su plan ecuménico y molerá en su molino, para poder avanzar, a las innumerables culturas acumuladas por la historia, hasta extinguir sus propias fuentes nutricias.

#### 4. LAS LEYES DEL CICLO HISTORICO

4.1. No nos plantearíamos estos temas si no se hubiera exacerbado el desequilibrio universal, en lo cual se avizora la obligada cancelación del ciclo histórico vigente. Desde luego que confiamos en su palingenesis, pero ella sólo podrá cumplirse a partir de sus últimas proposiciones, o sea las más destructivas.

Si nunca ha sido más intenso el profetismo, que hoy se enmascara de utopismo y futurología o desciende a los horóscopos periodísticos, es porque la insatisfacción ha generado la idea de *advenimiento* o porque ha hecho crisis (siempre la misma ambigüedad de las operaciones) un modo de pensar la realidad que surgió en los albores de este período: abandonando la consideración de la herencia recibida o el examen exclusivo del presente, manejó como punto de apoyo la eventualidad futura. No fue un mesianismo o milenarismo, sino, mejor, su trasmutación racionalizada: fijó en una concepción imaginaria, que eventualmente habría de cumplirse en el futuro, la medición, crítica y valoración del estado actual.

Ese ciclo se abrió en el XVIII, estatuyendo normas que se han venido cumpliendo ineluctablemente.

En primer término fue el principio de modernidad (Benjamin) que implicó la ruptura con la enseñanza del pasado, aboliéndola, y validando por lo tanto la experiencia humana y su aportación merced al signo de novedad que comportaba, o sea por su oposición frontal a lo ya conocido. No sólo desaparecerá el pasado, remitido en el mejor de los casos al museo, sino que el propio moderno descaecerá sin cesar en pasado debiendo ser inmolado, lo que reducirá aún más la estrecha

franja de presente. Si bien ya ha habido tiempo para forjar una tradición de lo nuevo (Rosenberg) no es sino la tradición de la ruptura (Paz).

Por eso el principio de modernidad acarrea necesariamente un segundo, que lo instrumenta; el de revolución (Marx) que por lo demás va había servido para dar nacimiento a nuestra época con el ciclo de las revoluciones burguesas. Este principio se define como la subversión de una realidad —presente e insatisfactoria, que es como decir vieja— apelando a un proyecto que sólo podrá existir en el futuro por radical elipsis de la actualidad: será por lo tanto una hipótesis, francamente utópica o tesoneramente científica, engendrada por una pura conceptualización. De este modo el principio de revolución se ofrece como un regulador del desequilibrio cuando se produce la anquilosis de la sociedad respecto al proyecto transformador que desencadena la ciencia. Aunque si tal estancamiento no se produjera, eso no conllevaría la desaparición del principio: en tal caso el conflicto devendría norma y estaríamos en la revolución permanente. Fatalmente a eso conduce la necesidad de una adaptación incesante al cambio que viene impuesta por el funcionamiento de la variable dinámica y transformadora que ha sido introducida en la vida social.

12

En tercer término este proceso pasa, obligadamente, por la intensificación de la fractura de la unidad social, por obra de ese grupo minoritario constituido en vanguardia que es capaz de generar la hipótesis de futuro y desde ella operar la revisión de los valores vigentes. Su sola existencia testimonia la dificultad que tiene la totalidad social para plegarse al cambio, lo que implica la disociación del espíritu comunitario. Las vanguardias científicas han llevado esa disociación a extremos máximos, nunca conocidos en la historia de la humanidad, actuando (a causa de su especificidad) dentro de verdaderos batiscafos desconectados de la sociedad. Eso fundamenta la desconfianza adquirida respecto a las teorizaciones tecnocráticas (Burnham) expresión de la tentación autonomista que acecha constantemente a las vanguardias. Justo en los siglos de los regímenes "democráticos" hemos visto las mayores fracturaciones del "demos" (obra de vanguardias científicas que sin embargo, paradójicamente, operaron con una radical concepción democrática de su función) al punto que las restantes vanguardias (políticas sociales, artísticas) apenas si cumplen el papel de intermediadoras entre aquellas y la sociedad. Esos grupos intermediadores serán el campo de acción preferido por los jóvenes o los sectores sociales que emergen al proceso tecnológico (proletariado), los cuales, mediante la capacitación que el acelerado desarrollo les impone y al que no pueden sumarse las generaciones adultas o los grupos tradicionales, se harán portavoces del inconformismo, del futurismo y de la mutación. Con todo, la desintegración creciente del modelo social del XIX conducirá a conferir esa funcionalidad, alternativamente, a otros fragmentos de la sociedad y no sólo a los jóvenes, como ha ocurrido con los marginales o como se ha producido en los últimos

cincuenta años con la mujer, que ha sido obligada a seguir una curva evolutiva propia más acelerada que la del hombre para situarse en el nivel de la exigencia moderna.

Este proceso de incesantes mutaciones regido por los tres principios anotados, se hizo cada vez más apremiante siguiendo un ritmo acelerado y debió transitar por una formalización de las ciencias a la que sirvieron de ejemplo las matemáticas. Para lograrlo las ciencias ascendieron a un campo operacional simbólico, entendiendo que de este modo interpretaban, tal como por lo demás quedaba corroborado con sus producciones, el funcionamiento peculiar de la mente humana elaborando y a la vez ajenándose de la realidad concreta, para poder construir un universo que aparentemente duplicaba la realidad y en verdad la sustituía (modelo magno: el lenguaje). Eso estableció un apartamiento progresivo de las fuentes naturales y una duda sistemática sobre la veracidad de sus dones, junto con el establecimiento de un proyecto de encontrar esa verdad en la vasta estructuración artificial simbólica cuya eficacia quedó sobradamente probada (Cassirer).

4.2. Este proceso amplió la distancia con (y la incompreensión respecto a) los restantes lenguajes de la cultura, en particular los de la religión y la moral donde es mayor el peso del pasado acumulado. Si el ciclo histórico se abrió hace doscientos años con una rebelión contra las religiones institucionalizadas (agnosticismo, deísmo y materialismo de los enciclopedistas), en el tiempo transcurrido no ha hecho sino perseverar en el desgaste de ese fondo espiritual aunque sin lograr imposibilitar su supervivencia y su resurrección bajo máscaras distorsionadas.

13

Tal como hemos registrado respecto a los ascensos de grupos sociales inferiores o vimos en las apelaciones a la marginalidad por el arte, la sobrevivencia religiosa contribuyó a paliar los efectos subversivos de la ciencia y la tecnología sobre las conciencias. En materia de religión y moral, el siglo XIX resultó atravesado por corrientes espiritistas o teosóficas que se reclamaron de misticismos pasados o de creencias extraídas de los márgenes de la sociedad atlántica (India, China) y en cuanto a sus propias filosofías racionalistas, del tipo del positivismo o del marxismo, en la práctica adquirieron tintes religiosos. Por su parte, el siglo XX, ya en el borde de la derrota de una herencia progresivamente arrasada, apelará a variados irracionalismos, a las filosofías de la vida y de la existencia, y a la vez presenciará el reflorecimiento de religiones nacidas en otras culturas y la incorporación de morales orientales (budismo zen).

Ese material servirá a religar la línea científica (que seguirá siendo la rectora) con las demandas de los pueblos que, al presenciar la disolución de sus viejos valores, reclamaron con mayor urgencia una mediación ética o religiosa que los enraizara y corroborara en la continuidad de la historia. Las religiones tradicionales, aunque debilitadas, no pudieron ser reemplazadas por los "ersatz" que proporcionaron

los movimientos sociales o filosóficos, ni siquiera aquellos en que la Historia substituyó a la Razón en tanto diosa. La misma ciencia, una vez canceladas las elucubraciones de las postrimerías del XIX acerca de la "religión de la ciencia", reconoció su incapacidad para dar fundamento a una nueva moral que interpretara su orientación transformadora.

## 5. EL DILEMA DEL FIN DEL HOMBRE

5.1. A lo largo de este ciclo histórico, varias fórmulas interpretaron sus sucesivos estados. En el inicio fue Goethe quien lo situó bajo la advocación de la acción y el conocimiento, proponiendo una divisa optimista: "*Muere y deviene*". Al mediar el ciclo, Nietzsche se encargó de reconocer la extinción de los valores absolutos con su conocido "*Dios ha muerto*". Al finalizar el ciclo, es Foucault quien anuncia la muerte del hombre, cerrando un estrato del saber que le estuvo consagrado.

14 Cualquiera de estas etapas corrobora el mismo rasgo definidor: la especie ha adoptado una dinámica transformadora que ha cancelado —al parecer en forma definitiva— la posibilidad de un universo armónico, estable, regido por normas comprensibles y, sobre todo, permanentes. Ha concluido la expectativa de la edad de oro soñada por los utopistas (Servier) y que, más allá de sus diferencias éticas, sociales, políticas o religiosas, se definía en todos por la estabilidad y aun la inmovilidad, por el hallazgo definido de un orden del que participaban todos por igual al conquistar una integración —normativa— de la comunidad. El sueño recurrente que atraviesa la historia desde Platón (*La República*) hasta Brecht (*Mi-Ti*) es la conquista del Gran Orden, de la paz y del equilibrio, de la perfección y la inmovilidad. Si alguna vez fue buscado en el cielo, otros se propusieron encontrarlo en la tierra profética, es decir, en el futuro.

Ese sueño fue desvaneciéndose mientras progresaba el actual ciclo histórico, al comprobar que éste estatuyó la movilidad y el cambio, el avance hacia lo desconocido mediante un programado desequilibrio que arrastrara a todo el cuerpo social hacia la conquista de la nueva norma que, introducida por la vanguardia, había causado aquel desequilibrio. Cuando la conquistaba, volvía a producirse el desequilibrio merced a un nuevo adelanto que inspiraba una nueva vanguardia.

Ninguna estructura social parece capaz de otra cosa que de apelar al pasado cultural (ideas, hombres) para encuadrar el proceso, lo que acarrea la incorporación violenta de nuevos grupos sociales dentro de las leyes mutables que lo rigen. Puede atemperar sus efectos, democratizarlos, pero no más. Las nuevas estructuras sociales son aceleradoras de la incorporación de la especie a las condiciones peculiares del proceso (acaso privilegiadas intérpretes del principio de modernidad) aunque sin querer aceptar sus ulteriores consecuencias.

El humanismo del siglo XIX, prolongado largamente en el XX, no es otra cosa que la respuesta defensiva formulada por la sociedad europea en el sobresaltado momento en que vio irrumpir a la ciencia. Del mismo modo que el historicismo romántico fue un esfuerzo desesperado por aferrarse a las raíces pasadas cuando estas eran arrancadas; del mismo modo que el subjetivismo reafirmó la singularidad única del hombre cuando aparecieron los Golem, las Coppelias y los Frankenstein en el horizonte de la muchedumbre mecánica; del mismo modo, el humanismo fue un compuesto heterogéneo que compensó el desequilibrio y el abstraccionismo que acababan de ser instaurados.

Las ciencias humanas, que de esa invención amorfa extrajeron sus bases, no fueron sino factores de regulación, sistemas cognoscitivos destinados a desempeñar el papel de acondicionadoras y adaptadores a la nueva epistemología que encaraban las ciencias (Bachelard). La trasmutación de esas ciencias durante el siglo XX patentiza la función adaptadora, pues han ido aproximándose a la formalización científica. Es evidente en el pasaje de la filología del XIX (Humboldt) a la lingüística del XX (Saussure, Hjelmslev), pero también en el proceso que hace la psicología profunda de Freud a la lectura de Lacan y, en una ciencia como la antropología, la evolución desde Taylor y Leslie White hasta Lévi-Strauss, donde el "pensamiento salvaje" ha venido a ser reconocido simplemente como el "pensamiento" del hombre, adecuando el funcionamiento psíquico de la humanidad entera a las mismas normas, remitiendo las diferencias en los productos a los sistemas clasificatorios o a las posibilidades materiales. Si por ahora estas disciplinas utilizan preferentemente los aportes de la lingüística, es sólo porque allí, antes que en ellas, se ha alcanzado la formalización científica, pero nada indica que no puedan encontrarla por sí mismas.

15

5.2. En todos estos campos parece disolverse el sujeto, que sólo pervive en las filosofías afincadas en la acumulación histórica, que siguen siendo las reservas de la concepción voluntarista del cambio a pesar de que en algunos casos han establecido conexión con la concepción materialista donde está el germen del modelo de la sociedad contemporánea.

La debilidad y las contradicciones del humanismo del XIX, en buena parte hijo del pensamiento burgués de la época, y la función defensiva y compensatoria para la cual fue edificado, explican su incapacidad para servir a las necesidades del presente. Asistimos hoy a una nueva rebelión romántica, ya no contra la era maquinista sino contra la era tecnológica posterior a la segunda guerra mundial (Ribeiro), pero en ella se ve desfibrarse el humanismo decimonónico: es incapaz de proveer de sustancia eficiente a la rebeldía, de hacer una contribución positiva para oponerse coherentemente a las imposiciones científicas avanzadas.

Si estas últimas no ingresan a una regulación que las constriña al servicio de un proyecto no científico (y nada lo indica) el hombre

sólo podrá existir en la medida en que sea capaz del devenir incesante que disgrega el concepto de identidad en que se formó y pervive, haciendo de él, simplemente, la cifra del cambio constante.

Desde esta perspectiva, la respuesta a la pregunta inicial dice que es imposible encarar ninguna filosofía permanente, ningún cuerpo normativo, ético o estético, que traduzca en la vida social los principios científicos; sólo un sistema operacional que fije los acondicionamientos al devenir incesante y acaso interprete las leyes de ese proceso para traducirlas en modos de vida y creación.

La fórmula goetheana sigue siendo profética, si acaso ella confía, dialécticamente, en que toda muerte implica un renacer. La muerte del hombre sería una de sus muchas muertes eventuales, la de los conceptos que lo definen, demostrando que ellos, así se llamen conciencia, historia, psiquis, no le son constitutivos, sino que son simplemente representaciones que él puede dominar y elaborar como una máquina disciplinada.

Ya no será libremente, si alguna vez existió en realidad esa posibilidad, sino según los impulsos de una dinámica que no ha alcanzado una teoría total que la interprete.

#### BIBLIOGRAFIA

16

- Kostas Axelos: *Vers la pensée planétaire*. Paris, Editions de Minuit, 1964.
- Hermann Broch: *Dichten und Erkennen*. Zurich, Rhein-Verlag, 1955.
- Ernst Cassirer: *La philosophie des formes symboliques*. Paris, Editions de Minuit, 1972.
- Ernst Cassirer: *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna de la muerte de Hegel a nuestros días (1832-1932)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1948.  
(Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neuen Zeit: Von Hegels Tode bis zur Gegenwart).
- Michel Foucault: *Les mots et les choses*. Paris, Gallimard, 1966.
- Melville Herskovits: *Man and his Works*. New York, Albert Knopf, 1948.
- Max Horkheimer-Theodor W. Adorno: *Dialektik der Aufklärung*. Frankfurt am Main, Fischer Verlag, 1944.
- Robert Jung: *Menschen in Jahr 2000*. Frankfurt am Main, Umschau Verlag, 1969.
- Hermann Kahn: *The Year 2000. A Framework for Speculation on the Next Thyrtly Three Years*. New York, Macmillan, 1967.
- Claude Lévi-Strauss: *Anthropologie structurale*. Paris, Plon, 1955.
- Herbert Marcuse: *One-Dimensional Man*. Boston, Beacon Press, 1964.
- Roy McMullen: *Art, Affluence and Alienation*. New York, Frederick A. Praeger Inc. 1968.
- John R. Pierce: *Science, Art and Communications*. New York, Clarkson N. Potter, 1968.
- Darcy Ribeiro: *O processo civilizatorio*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.